

A woman with long dark hair, wearing a white dress, is seen from behind, looking out at the ocean. The sky is filled with dramatic, dark clouds, and the water is dark with white foam from the waves. The overall mood is contemplative and mysterious.

EL SECRETO DE OLI

HIZO POSIBLE
LO IMPOSIBLE

LUIS A. SANTAMARÍA

OS CONTARÉ LA HISTORIA DE CÓMO FUI ENGAÑADO POR LA PERSONA QUE MÁS QUERÍA.

Así comienza Alfonso Morales el relato sobre cómo, hace 23 años, se vio sumergido en una atípica historia con una joven ambareña que le cambió la vida.

En la actualidad, Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del Yayo, sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana. Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones... y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.

Prólogo

—La diferencia entre lo imposible y lo posible, Morgan, radica en la determinación.

—¿Quién ha dicho semejante majadería?

—No lo sé, creo que algún entrenador de la liga americana de béisbol.

—Pues se equivoca.

—¿En serio lo cree? Eso es porque no ha visto lo mismo que he visto yo.

—Estaría bien que algún día me contara algo de todo eso, Salas. Es usted un viejo fascinante, mi mejor amigo aquí, pero no conozco ni un ápice de su vida en el exterior.

—No hay mucho que contar. ¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saberlas colocar en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo. Mi vida sentimental resultó ser un desastre. Sin embargo, tuve la fortuna de presenciar la historia de amor más increíble que se pueda dar en la vida real. Y esto, salido de la boca de un viejo verde como yo, significa mucho.

—¿Una historia de amor? Pensé que éramos dos hombres escarmentados que no pensaban en esas cosas. En su caso, parece que me equivoqué.

—No sea gamberro, Morgan. Quizá algún día se la cuente, y entonces llorará de emoción como una niña con trenzas.

—¿Es por eso que está aquí encerrado?

No hubo respuesta, pues la mente del anciano cambió de objetivo al pisar este una masa de excremento. No una defecada por algún animal doméstico o de granja, ya que en el recinto no se podía encontrar a ninguno. Alguien había decidido hacer sus necesidades allí, sobre la hierba del patio, con tan mala suerte que fue el pie del doctor Salas el que se posó precisamente sobre la plasta.

Se limpió como pudo, frotando la suela de la zapatilla contra el propio césped, y Morgan y él prosiguieron el paseo a paso de tortuga. No había ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Frente a ellos se extendía una vasta explanada de cientos y verdes metros cuadrados que parecía no tener fin. Pero se trataba tan solo de una exageración, pues a lo lejos, casi imperceptibles a la vista desde su posición, se encontraban las vallas. A su alrededor no se veía más vida que la de los celestiales gorriones viajando de un árbol a otro, aunque hacía un rato un adolescente se había detenido frente a Morgan, y, tras zarandearle de las solapas con violencia, le había soltado un señor escupitajo en la cara. Ahora todo lo que se oía era algún alarido de vez en cuando, proveniente de dentro del edificio principal, y que de tanto oírlos ya ambos hombres casi se habían acostumbrado.

—¿De qué hablábamos antes de que los pies se me llenaran de mierda?

—Le preguntaba que por qué está usted aquí. ¿Es por esa historia de amor tan alucinante? ¿Cometió alguna locura?

El anciano lanzó una risa socarrona.

—Si le dijera que así es..., ¿se interesaría entonces por la historia, o sigue usted manteniendo que es todo un hombre escarmentado?

—Tan solo tengo curiosidad por saber qué fue lo que hizo para que le metieran aquí dentro.

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

Morgan frunció el entrecejo.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa suya.

—¡Vaya! No parece que su nieto sea un pequeño demasiado dulce.

—Ahí es donde se equivoca, Morgan. Es incluso demasiado dulce. El ser humano más extraordinario que existe, diría. Oli hizo posible lo imposible.

Capítulo 1

«Os contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería».

Las palabras resuenan majestuosas. Su solitaria silueta resalta en el escenario al contraluz que provocan los focos. La audiencia del teatro, de una magnitud imposible de calcular desde donde él se encuentra, lo escucha atenta, oculta entre la penumbra. Lleva puestos unos tejanos desgastados y una chupa de cuero marrón. Tras el micrófono de pie, empieza su historia con voz vigorosa:

«Para que podáis comprenderla bien, es necesario que retroceda bastantes años atrás en el tiempo. Concretamente a comienzos de los años ochenta. Sí, creo que será suficiente».

7 de febrero de 1983

Había pasado los últimos nueve meses completando el Servicio Militar Obligatorio en Zaragoza, muy lejos de mi bonito pueblo pesquero. Por fin había llegado la hora de regresar a casa. Tras muchas horas de viaje en autobús, recibí en la estación la primera de las muchas sorpresas que me esperaban aquella semana: mi prima pequeña buscándome con la mirada en el andén. Aquello no tenía mucho sentido, ya que ella no tenía carné de conducir y además la estación de autobuses se encontraba a escasos veinte minutos a pie de la casa donde vivían mis padres. En cualquier caso, allí estaba mi primita, ondeando las manos con

insistencia para que la viese desde mi asiento y, una vez en tierra firme, achuchándome entre sus brazos como si hubiera sobrevivido a alguna guerra horrible. Supongo que lo creía de veras.

Yo nunca le había caído bien, y aunque el sentimiento era mutuo, reconozco que me reconfortó ver una cara familiar después de meses durmiendo con hombres generadores de todo tipo de gruñidos, flatulencias o ronquidos. Recuperé mi equipaje y nos pusimos en camino a través de las pedregosas callejuelas del centro. Mientras tanto, nos íbamos contando las novedades con muchísimo entusiasmo.

—No seas pesada, Berta, que eres inaguantable. Cuando llegemos a casa lo contaré todo.

—¿Estás de coña? ¡Cuéntame cosas ahora!

No dejaba de dar irritantes saltitos a mi alrededor, amargándome la vuelta a casa. Me ponía de los nervios.

—¿Has traído algún arma? —quiso saber.

«Ojalá lo hubiera hecho», pensé, mordaz.

—¿Has matado a mucha gente?

«No, al menos hasta esta tarde».

—Pero ¿adónde vas? —preguntó.

Me había desviado. No es que no recordara el camino a mi propia casa. Solo quería dar un rodeo para ver la playa de nuevo; volver a sentir el tacto de la arena negra, tan genuina, en las plantas de mis pies desnudos; escuchar las olas al romper; puede que ahogar a mi repelente prima.

—Solo será un momento, Berta. Te prometo que enseguida nos vamos a cas... ¡Joder, qué fría está el agua!

—Eso es porque es invierno, listillo —explicó ella, en un alarde de inaudita sabiduría—. Y además, está a punto de llover, así que saca los pies de ahí y vámonos ya.

Las primeras gotas de lo que sería una importante tormenta habían empezado a caer, y lo hacían como el preludeo del sencillo acontecimiento que iba a cambiar mi vida para siempre. Cuando me giré para regresar a la zona don-

de la arena se mantenía seca, divisé que algo se movía con violencia a lo lejos, bajo una toalla. Al concentrar la vista, vi que se trataba de una chiquilla luchando por salir de la playa sin mojarse. Y de una manera muy divertida, por cierto.

—¡Eh! —grité a pleno pulmón—. ¡Tenemos un paraguas!

—Tengo un paraguas —matizó Berta, acompañando el irónico comentario con un punzante codazo.

La joven, que a juzgar por su generosa delantera no era tan niña como me pareció en un principio, se giró hacia nosotros un tanto sobresaltada.

—¿Eh? ¡Ah! —Fueron sus sinceras palabras.

La tormenta se había encrudecido en cuestión de segundos y el viento se había unido a la fiesta de la naturaleza, por lo que la chica de la toalla, desesperada, se acercó dando graciosos brincos a nuestra posición. Mientras tanto, Berta abría el paraguas a regañadientes y yo me calzaba de nuevo.

—Toma, cúbrete. —Le ofrecí el paraguas con galantería, dejando a Berta completamente al descubierto. Total, su pelo parecía el de una rata ya de por sí—. Me llamo Alfonso. Y esta de aquí es mi prima Berta.

—Vaya, muchas gracias. Creí que volvería a casa empapada, como de costumbre. Jo, ¡mirad mi pelo! —se quejó la desconocida.

Me miró a los ojos con talante sumiso, y juro por mis muertos que aquella combinación de iris azul y revuelto de pecas me impactaron más que la primera vez que oí a mi comandante cantar en la ducha.

—Bueno, yo soy Verónica —se presentó.

Quedé petrificado ante tal inocente belleza.

Verónica vivía de camino a casa de mis padres, así que para nosotros no supuso ninguna molestia acompañarla. Para mí menos que para mi prima, se entiende. Durante la caminata estuvimos charlando para conocernos mejor. Mi pariente se mantuvo en silencio casi todo el camino, y co-

mo mucho rebuznaba porque no le cubría con su paraguas y tan solo me preocupaba de la niña pecosa. A pesar de que la tormenta golpeaba ya con fuerza, yo siempre guardaré un estupendo recuerdo de aquellos primeros minutos con Verónica.

—¿Qué hacías tú sola en la playa sin paraguas? —quise saber.

—Colecciono conchas —respondió con contagioso entusiasmo mientras se cobijaba en mi brazo—. Y cada vez que saco un paraguas, lo pierdo o se me rompe. Me he dado ya por vencida.

—Por suerte me has encontrado a mí.

¿Qué clase de frase de chulo de película de los años ochenta había sido esa? Era evidente que tanto tiempo rodeado de hombres había pasado factura. ¿A quién quiero engañar? En realidad nunca fui muy bueno con las chicas. Provocan en mí un extraño fenómeno que hace que mis cuerdas vocales desciendan a mi entrepierna, dilatando todo a su paso e impidiéndome expresar con lucidez. Era un auténtico desastre en esas lides. Sin embargo, en contra de lo que solía suceder en esos casos, ella me observó de reojo por debajo del flequillo rojizo y sonrió con picaresca.

—Y por lo que veo, ha sido de casualidad —dijo—. ¿De dónde vienes con esa maleta? —Desde el principio me quedó claro que Verónica, a pesar del trato dulce y su físico achuchable, no era una chica que se andaba por las ramas.

—Vengo de Zaragoza. He estado haciendo la Mili.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Anda! Así que, ¿esa ropa que llevas no es ningún disfraz?

—No, no es ningún disfraz —balbucí, un tanto confundido. No sabía si se estaba quedando conmigo o es que la muchacha era así de ingenua. Hoy es el día en que continuo sin tenerlo claro del todo.

—¡Qué guay! Bueno, este es mi portal. —Señaló con el mentón un viejo portón de madera, de esos con una enor-

me aldaba de hierro en forma de cabeza de león que parecía transportar a uno a la Edad Media.

—Ya era hora —añadió Berta en voz baja.

Después de dar a mi prima un puntapié en el tobillo, me concentré en despedirme de Verónica. No sabía muy bien qué debía decir. Por suerte ella fue la que habló, como ya venía siendo habitual.

—Ha sido un verdadero placer, Alfonso.

—Lo mismo digo —acerté a articular.

Le di dos besos en la mejilla y, aturdido, me dispuse a continuar ascendiendo la calle pedregosa con la pobre compañía de mi pariente. Cuando ya había avanzado unos metros, volví a escuchar su voz a mi espalda:

—¡Alfonso!

Me giré hacia la puerta, donde todavía estaba ella. Deseaba que corriera hacia a mí y me dijera que me quería con locura y que no podía vivir sin mí. Después nos comeríamos a besos, como sucedía en una de esas películas románticas que tanto disfruto en mi intimidad más secreta. Por supuesto, no es eso lo que ocurrió.

—¡Te vas sin el paraguas! —Sí, claro, juro que eso fue lo que dije, palabra por palabra.

—Quédatelo. Así ya tienes uno para perder o romper mañana mientras buscas conchas.

Por alguna razón que escapa a mi entendimiento sobre el romanticismo, ese comentario debió de haberle complacido más de lo esperado, porque sonrió de una manera encantadora y se me quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—¡Eh, que el paraguas es mío! —protestó Berta, antes de que la silenciara tapándole la boca con la mano.

—Oye, mañana tengo pensado salir un rato por la taberna —dijo la dulce pelirroja desde el rellano—. Si te apetece venir, a lo mejor te recompenso por el favor de hoy.

Esas espontáneas frases penetraron en mi pecho (y en mis testículos) como dardos envenenados.

—¿Cómo? —inquirí como un imbécil de catálogo. Esa era mi clásica respuesta para ganar tiempo cuando en realidad no sabía qué más decir.

—Que si quieres, mañana por la noche nos vemos en la taberna, Soldado.

Soldado. ¿Qué le estaba pasando a esa chiquilla? En un momento había pasado de ser la torpe e inocente niña que corre bajo una toalla a ser toda una Sharon Stone en potencia.

—Claro, hum... allí estaré —fue lo único que acerté a decir.

Y así, tal y como vino, se internó en el edificio y me quedé a solas con mi querida primita caminando, esta vez sí, a casa.

—Qué guarrilla, ¿no? —soltó Berta de repente, con todo descaro.

En un primer momento me sorprendió tan extraña confesión. Me sentía demasiado feliz como para tener lucidez.

—Chica, no seas tan dura contigo misma. Estás algo mojada, eso es todo —resumí, torciendo luego el gesto.

—¡Me refería a ella, imbécil!

—¿Ella? —La miré perplejo—. A mí me ha parecido una chica muy simpática —contesté con la ingenuidad de un niño de colegio a quien le acaban de dar un besito en la mejilla por primera vez.

—Vamos, que te gusta —incidió la otra, que arrugó la nariz.

—Cállate ya y lleguemos a casa de una vez por todas.

La sonrisa bobalicona que se había dibujado en mi rostro me estaba delatando, tanto que incluso mi descerebrada pariente se había dado cuenta. En pocos minutos estábamos en casa: un humilde bajo situado junto a la iglesia, en el casco antiguo, que tenía los marcos de las puertas desgastados y las paredes amarillentas. Nada más llegar recibí la calurosa bienvenida de mi madre. Disfruté de una merecida ducha caliente en mi baño de siempre, y no volví

a pensar en la niña pecosa hasta que me acosté, segundos antes de apagar la luz de la mesilla y sumergirme en mi subconsciente.

Capítulo 2

12 de octubre de 2006

Y ahora, ¿qué? ¿Qué se suponía que debía hacer un niño de diez años en un momento como aquel?

Oli miraba hacia esa lejana línea que, según le habían dicho, separaba el cielo y el mar. Las lágrimas empapaban su rostro. Pensaba en lo difícil de entender que eran algunas cosas a veces, en concreto las cosas que solo un mayor debería experimentar. No podía entender que la persona a la que más quería se acabara de ir al Cielo para siempre. Sin embargo, la vida parecía seguir su curso como si nada importara. Aparentemente, nada había cambiado: los barcos de pesca continuaban saliendo del puerto de Ámbar haciendo sonar sus sirenas, y en los bares de la costa seguían sirviendo refrescos, cafés y bebidas con alcohol que él nunca —o casi nunca— había probado. Incluso una solitaria gaviota patiamarilla, que se acababa de posar sobre la roca en la que se hallaba sentado, lo miraba como si las lágrimas del niño no fueran en realidad con ella.

Para él la vida nunca volvería a ser igual. La persona que le había enseñado a leer, a atarse los cordones de los zapatos, y a diferenciar entre la música buena y la *música actual que se toca sin instrumentos* ya no le miraría a la cara nunca más; tampoco le sonreiría, ni, por supuesto, le daría una lección. Un niño jamás debería pasar por aquello y mucho menos, después de... bueno, después de lo que hizo.

—¡Mecachis en la mar! —exclamó.

Una ola de las grandes había chocado con fuerza contra la roca, empapándole los pies desnudos. Oli adoraba la playa negra de Ámbar, pero aborrecía mojarse las piernas porque eso significaba tener que mancharse de arena mojada para regresar a casa. Y la arena mojada le daba repe-lús.

Después de secarse a duras penas con las manos y asegurarse de que estaba sentado en el punto más alto de la roca —por si otra ola traicionera decidía acercarse—, regresó a su propia tragedia. Los últimos meses no habían sido fáciles. Aún no sabía por qué decidió hacer aquello, pero el caso era que lo hizo con todas sus consecuencias.

Y a fe que lo hizo bien.

¿Por qué lo haría? ¿Qué clase de duendecillo maligno se había metido en su cabeza para obligarle a hacer algo así?

Miró a su izquierda y comprobó cómo se alejaban los últimos nubarrones negros que habían tenido al pueblo encapotado durante tantísimos días. Bajo el cielo, los primeros rayos de sol acariciaban la arena, de color gris ceniza, que cubría la playa. Esta no era muy profunda, aunque sí extensa (abarcaba Ámbar de este a oeste). Agrupaba en la primera línea del paseo marítimo coquetos dúplex de ladrillo visto. Algunos de ellos, según aseguraban los más viejos del lugar, eran antiguos palacetes de verano que correspondían a la burguesía de los años cincuenta. Otros muchos constituían modernas remodelaciones que resultaban la envidia de la villa. A lo lejos, sobre el acantilado y en dirección oeste, se alzaba el faro de Ámbar. Como un imponente guardián que vigilaba la entrada y salida del puerto, servía de guía a los barcos pesqueros de la zona.

El niño fijó sus azules ojos en un punto lejano: un anciano se alejaba con exagerada lentitud. Caminaba con la mirada clavada en el suelo, bordeando la orilla en dirección al faro. Su paso era tan pesado que a Oli le pareció que no llegaría al final de la playa hasta la mañana siguiente. Al

verle marchar, sintió que finalizaba una etapa de su vida que jamás olvidaría.

El monótono murmullo que producía el choque de las olas contra la orilla lo irritaba, impidiéndole recordar con claridad todo lo sucedido durante aquellas semanas tan sombrías. Lo que estaba claro era que no había estado mal para un mocoso que ni siquiera sabía pelar una manzana. Todo había empezado unos meses atrás, el 23 de junio de 2006, denominado por el propio Oli como el Día Importante.

23 de junio de 2006

Tendido sobre su cama y vestido con su pijama de cohetes espaciales, Oli contemplaba el techo de su habitación con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Eran las seis y media de la tarde, y la penumbra predominaba en el dormitorio en torno a la figura inmóvil del niño.

El miedo lo tenía petrificado. En la pared, junto a la cama, la ventana permanecía abierta. A Oli le fascinaba asomarse para observar la playa. Tenía por costumbre subirse al colchón —aunque mamá siempre le dejaba bien claro lo prohibido que estaba pisarlo—, y observar cómo las gaviotas patiamarillas, capaces en realidad de engullir cualquier cosa, volaban y aterrizaban en la arena para repartirse el succulento botín que quedaba esparcido por la playa.

Pero aquel atardecer Oli no se subió a la cama para ver a las gaviotas volar, aterrizar en la arena y repartirse aquellos restos de comida. No podía moverse, de hecho.

«Ojalá fuera una de ellas», cavilaba, sumido en la tristeza.

¿Qué iba a hacer él a partir de ahora? ¿Moriría allí mismo, en su cama? Lo cierto era que no se encontraba nada bien.